



DON MANUEL MURIZ.

Fué éste uno de los pocos individuos que habiendo tomado parte en la insurrección desde el principio, no pereció en los primeros meses de ella como tantos otros, sino que vivió bastante tiempo y acaso pudo ver el fin de la guerra y la aurora de la Independencia.

Era originario de la provincia de Michoacán y siguió la carrera de las armas, llegando á ser Capitán del Regimiento provincial de Valladolid, con el que indudablemente estuvo en el Cantón militar de Jalapa, donde conoció á Michelena, Allende, etc. Vuelto á Valladolid á la disolución del Cantón, quedó allí con su Batallón, alojado en el cuartel de las Animas; tomó parte en la conspiración de 1809, de aquella ciudad, pero no parece que sufriera ningún castigo cuando aquélla fué descubierta, pues continuó al frente de su Batallón é indudablemente siguió en correspondencia con los conspiradores de Querétaro.

Dado el grito de Dolores y llegado á Valladolid el ejército de Hidalgo, Muñiz se unió á él con el grado superior de General en el ejército, y permaneció en la ciudad cuando aquél avanzó sobre México; después del desastre de Aculco, que llevó á Hidalgo á la misma población, Muñiz trató de reunir un nuevo ejército, y según se afirma, fué el primero que se encargó de conducir á los españoles presos á los cerros del Molcajete y de las Bateas, donde eran eje-

cutados, comisión repugnante en la que tuvo por compañero al P. Luciano Navarrete. Con los siete mil hombres que se habían reunido allí acompañó á Guadalajara á Hidalgo, pues era el único militar con quien éste contaba en aquellos momentos.

Asistió á la batalla de Calderón mandando la gente de Michoacán, y después de aquella batalla se separó de Hidalgo y de los demás jefes, dando como razón de su conducta la de que prefería quedarse expedicionando por las regiones que conocía; trató de establecerse en Tacámbaro, pero fué obligado á salir de allí por el Comandante Don Felipe Robledo, que lo atacó y derrotó el 14 de Febrero de 1811, ni un mes después de la acción del puente de Calderón. Se refugió en la Tierra Caliente, donde formó un nuevo ejército, pues por aquellos días todavía había entusiasmo entre los indígenas por la Independencia. La llegada del Mariscal José Antonio Torres y de Rayón, no le causó ningún disgusto; y cuando ya se consideró con las fuerzas suficientes volvió á Tacámbaro, cuyo pueblo ocupó, y en seguida se dirigió al Noroeste de la provincia, recorriendo continuamente esa parte del territorio.

De acuerdo con Rayón y Torres, cuya superioridad reconocía, formó un ejército que excedía de veinte mil hombres con las partidas de Navarrete, Licéaga, Huidobro, Camargo y otros, y con ellos se dirigió en 2 de Junio sobre Valladolid, donde Don Torcuato Trujillo tenía pocas tropas. Torres, que atacó por el lado de la Loma de la Tinaja, obligó á los realistas á refugiarse en la plaza y el sitio se iba á formalizar cuando fué auxiliada oportunamente, y aunque Torres y Muñiz rechazaron el ataque de Santa María se vieron obligados á retirarse. El segundo tomó el camino de Tacámbaro, donde reorganizó su ejército, fundió cañones, se hizo de armas de bronce y en Julio siguiente volvió á intentar apoderarse de la ciudad, situándose en las lomas de Santa María. Intimó rendición á Trujillo y circunvaló el punto y empezó el ataque por varios puntos; estuvo á punto de hacerse dueño de Valladolid, pues había forzado la

entrada de todas las garitas, menos la de Santiago, y había rechazado á los realistas en todos los puntos; pero la división que en esos momentos se declaró entre Muñiz y Anaya por no haber querido el primero municionar al segundo para que siguiera el ataque y entrase el primero á la ciudad, hizo que todo el ejército sitiador se retirase. Pedro Trujillo y la Guarnición estaban acobardados y para no esperar un segundo ataque, dada la cercanía de los insurgentes, determinó abandonar la ciudad, y lo hubiera hecho, á no haber llegado las tropas de Linares y de Castillo Bustamante en los primeros días de Agosto; Muñiz permaneció todavía un mes en sus oposiciones de Acuitzio, hasta que fué batido el 7 de Septiembre por Castillo.

Vuelto á su asilo de Tacámbaro, donde con el cobre de las cercanas minas fundió cañones, recibió de Morelos buen número de prisioneros que guardar. A los cuatro meses, en Enero de 1812, que ya se consideró fuerte, buscó la colaboración de Albino García, del P. Navarrete y de Piedra para intentar un tercer ataque sobre Valladolid; pero derrotado el primero en Tacámbaro, no pudo concurrir y Muñiz sufrió á su vez un fracaso en las lomas de Santa María y perdió sus cañones y casi todo su ejército. Tan completa fué su derrota que tardó un año en reponerse de ella, y durante ese tiempo se limitó á hacer pequeñas correrías por la Tierra Caliente; llamado por el Dr. Verduzco para atacar nuevamente Valladolid, acudió á las Juntas de Arlo y á la revista que se pasó en Pátzcuaro, y llevó, en Enero de 1813, un gran tren de sitio y bastantes cañones, lo que de nada le sirvió, pues quedó en poder de Linares cuando hizo una salida; la culpa de la derrota se atribuye á la ignorancia en asuntos militares, del Dr. Verduzco.

Esa derrota por una parte, y por otra la mala fortuna con que caminaba Rayón, hicieron que la discordia estallase entre los insurgentes de Michoacán; Licéaga y Verduzco declararon traición á Rayón y éste dió orden á Muñiz, á quien había nombrado Comandante general de la provincia, de que

aprehendiese á los rebeldes vocales de la Junta. Cos trató de avenir á todos, pero no pudo realizarlo, y esa desunión fué causa de la derrota de Rayón en Salvatierra, el 16 de Abril de 1813, que le causó Iturbide, pues Licéaga, que estaba inmediato, nada hizo para auxiliarlo. Pocos días después este último cayó en poder del guerrillero Cagigas, y sabedor de tal ocurrencia su enemigo, mandó que fuese entregado á Muñiz, quien lo llevó á Puruarán, donde en la apariencia se reconciliaron los dos enemigos. A la instalación del Congreso de Chilpancingo, verificado en Septiembre de ese mismo año, concurrió Muñiz y allí conoció á Morelos, que teniendo ya el proyecto de apoderarse de Valladolid, habló largamente con aquél sobre los medios de realizar sus designios.

En Noviembre se arregló esa expedición y con anticipación había recibido Muñiz órdenes para hacer los preparativos necesarios, proveerse de armas y reunir los diferentes destacamentos que andaban sueltos; en Tiripitío se incorporó con Arias, Vargas y otros al ejército del Sur, que sumaba un regular número de soldados. La desgracia, que empezaba á perseguir á Morelos, y la acumulación de fuerzas españolas en las cercanías de Valladolid, hecha por Calleja, hicieron que no fuese posible al mejor ejército insurgente que se había formado en Nueva España, tomar en Diciembre de 1813 una ciudad que ni un año antes atacó Verduzco. Muñiz no se retiró á sus acantonamientos sino que asistió á la acción de Puruarán, que fué el complemento del desastre de Valladolid, y que lo ponía en peor condición que antes, pues con la ausencia de Morelos de Michoacán y con su derrota, el ejército realista de la provincia podía dedicarse con mayor actividad que antes á la persecución de los jefes insurgentes que quedaban en ella.

Algunos meses después de los sucesos anteriores, el Congreso de Chilpancingo dió el mando de la provincia citada al Dr. Cos, sin tener en cuenta los servicios de Muñiz ni el conocimiento que tenía del terreno; esta disposición causó profundo disgusto á

este jefe, lo que no procuró disimular, con lo que sólo se consiguió empeorar la causa de la Independencia. Sin embargo, no llegaron á hacer armas, y además, Cos, no se cuidaba de dar órdenes á quien sabía que no estaba dispuesto á obedecerlas; todo el año de 1814 pasó Muñiz en la inacción, y hasta que el Doctor no fué hecho prisionero por los mismos insurgentes y encerrado en los subterráneos del Atijo, fué cuando volvió á dar algunas muestras de actividad. Sin embargo, ya no hizo ninguna campaña activa como las anteriores, ya por la persecución de que era objeto, ya porque no podía reunir con la misma facilidad que antes, soldados para su ejército.

El Congreso de Chilpancingo, que se veía obligado á emigrar á Tehuacán, quiso dejar en Michoacán una Junta subalterna, que con la disolución de aquél quedó de única autoridad insurgente: á formar parte de ella fué llamado Muñiz, en compañía del Lic. Ayala y de Rojas, Pagola y Carvajal; la Junta se estableció en Taretan en Septiembre de 1815, y funcionó muy poco tiempo, pues el Mariscal Don Juan Pablo Anaya, que acababa de llegar de los Estados Unidos, la disolvió sin causa fundada y únicamente por ser partidario de Rayón y llevó presos á Ario á los Vocales que la componían. Muñiz fué uno de los presos y los quinientos hombres que mandaba quedaron á las órdenes del padre Carvajal, Brigadier, que obedecía á Rayón, en Enero de 1816.

Varios jefes, disgustados de tal proceder, instalaron la Junta de Uruápan, que después se llamó de Jaujilla, en la que tomó parte Don Víctor Rosales, refugiado de Zacatecas; estalló la división entre Rosales y Muñiz, que á poco se vió libre, y esa rivalidad, originada por cuestiones de mando, dió fatales resultados é hizo que Muñiz no combatiese á los realistas durante todo el año de 1816; por fin abandonado por todos y lleno de odio contra su rival, pensó en indultarse, para lo que se presentó al Comandante Barragán en Pátzcuaro el 14 de Mayo de 1817. Rosales al tener noticia del indulto, se puso inmediatamente en persecución de Muñiz, pero éste pidió auxilio á

Barragán y ambos se pusieron en persecución del insurgente, que estaba en el monte de Tacámbaro; aprovechando Muñiz el conocimiento que tenía del terreno donde tan larga campaña había hecho, guió á los realistas, que acorralaron á Rosales en el monte de la Campana, inmediato á Arío. No obstante que hizo una bizarra defensa matando á varios dragones, cayó muerto.

Ambos se titulaban Comandantes ó Capitanes generales de la provincia y tenían grados superiores en el ejército insurgente; Muñiz mereció ser citado en el parte de Barragán en estos términos: "el indultado Don Manuel Muñiz hizo prodigios de valor, y lo mismo su asistente, que salió herido de gravedad."

Desde entonces no se vuelve á citar el nombre de Muñiz, no obstante que debe haber seguido prestando servicios á la causa realista; cuando Mina llegó al Bajío, Muñiz fué llamado á combatir, pero en lugar de obedecer se pasó á los insurgentes y después de haber seguido á aquel caudillo en el fuerte de los Remedios cayó prisionero cuando los sitiados intentaron salir el 2 de Enero de 1818. Ese mismo día fué fusilado Muñiz por orden de Liñán. Por decreto de 18 de Enero de 1862, un pueblo del Distrito de Tacámbaro se llamó "Turicato de Muñiz," en recuerdo de aquel jefe.

DON JOSÉ MARÍA MUÑIZ, sobrino del anterior, también se declaró insurgente y acompañó á su tío desde el principio de la revolución, asistiendo en unión de él á varias acciones de guerra, y en Abril de 1811 recibió la Comisión de pasar á Jalisco para auxiliar á los que allí combatían; alcanzado por el realista Del Río, fué completamente derortado en Tomatlán el 5 de Junio, y obligado á incorporarse á la división de Don Manuel. La historia no vuelve á hacer mención de él, y parece que pereció en un encuentro que sus fuerzas tuvieron con las de Linares.



DON RUPERTO MIER.

El nombre de un militar más tenemos que agregar á esta Galería biográfica.

Don Ruperto Mier, nativo de Michoacán, ya estaba en el ejército en 1809, cuando tomó parte en la conspiración de Valladolid, y con su Regimiento, alojado en el cuartel de la Compañía, se comprometió á pronunciarse el 21 de Diciembre de aquel año, día en que debía estallar la conspiración. Cuando fué descubierta él no fué perseguido y continuó en su Batallón hasta el año de 1810, que se dió el grito de Dolores; se unió á Hidalgo en Valladolid y recibió el encargo de organizar un Regimiento, para lo cual salió con rumbo á Occidente.

En pocos meses y ayudado por Macías, Cura del pueblo de La Piedad, reunió unos diez mil hombres, con los que se situó en ese lugar en espera de las órdenes de Hidalgo. Este, que ya se encontraba en Guadalupe y que sabía bien que el Virrey enviaría en su contra todos los elementos que pudiese, quiso evitar que Cruz, que estaba en Valladolid, fuera á reforzar el ejército de Calleja, y al efecto, comunicó órdenes á Mier para que batiese al jefe español; en cumplimiento de esas órdenes aquél se situó en el puerto de Urepitiro, lugar muy á propósito para la defensa, situado en el camino de Zamora.

El 14 de Enero de 1811 llegó Cruz al punto, y encontrándolo ocupado dispuso el ataque. El primer asalto fué rechazado y juz-

gando Mier que los realistas iban de retirada, dejó sus buenas posiciones del centro para emprender la persecución de aquéllos; pero Cruz pronto se rehizo y á pesar del vivo fuego de artillería que se le hacía, atacó á los insurgentes, les quitó los veintisiete cañones que tenían y en hora y media se hizo dueño del campo. Mier fué á Guadalajara á llevar él mismo la noticia de su derrota á Hidalgo.

La dureza con que fué tratado hizo que quedase profundamente disgustado y que aprovechase la entrada de Calleja á la ciudad para solicitar su indulto, el que inmediatamente le fué concedido, aunque con la condición de que sirviese como soldado raso en el ejército realista, condición humillante á la que tuvo que avenirse Mier. Con ese carácter asistió el ex-insurgente al combate de Zapotlán el Grande, dado el 26 de Febrero siguiente, y en el que se distinguió de tal modo que mereció ser citado en el parte de la acción, por Porlier. El seis de Mayo asistió á otro combate dado en el mismo punto contra la gente de Colotlán y el lego Gallaga; se distinguió otra vez siendo también citado de nuevo. Todavía permaneció Mier algún tiempo en el ejército á las órdenes de Negrete, hasta que habiendo recobrado á fuerza de méritos su grado y su libertad, se retiró á la vida privada y no volvió á mezclarse en la revolución; falleció antes de 1821, en la mayor pobreza, en Morelia, á donde se había retirado.

Hemos hecho mención de Don Ruperto Mier por las circunstancias de haber sido de los primeros insurgentes, y el primero que se puso frente al General Cruz, que disfrutaba de una reputación militar superior á la de Calleja, al que también excedía en graduación.

DON ANTONIO LOPEZ MERINO, militar también, fué compañero inseparable de Mier y su segundo en la acción de Ureperito; por las mismas causas que éste, se indultó y se le impuso como condición para obtener el indulto servir de soldado raso en las tropas reales. Asistió, así como Mier, á los dos combates de Zapotlán, merecien-

do ser citado en los partes que el jefe dió de ellas, y algún tiempo después recobró su grado y su completa libertad, pero disgustado de la milicia se dedicó á ser empleado particular y sólo después de hecha la Independencia ocupó en Morelia algunos puestos públicos de escasa importancia.

Merino fué el que hizo prisionero al jefe insurgente José Antonio Torres en Abril de 1813 en las cercanías de Paracho, donde mandaba una corta guerrilla realista.



FRAY JUAN DE SALAZAR.

Este religioso, que pagó con su vida su decisión por la causa de la Independencia, es casi desconocido y apenas se menciona su nombre una ó dos veces en la historia y de un modo enteramente incidental; quedaría olvidado del todo si no tuviéramos su causa, que es la que se encarga de decirnos cuáles fueron sus hechos y la parte que tomó en la insurrección.

Nació Salazar en Querétaro el año de 1768 y en la misma ciudad hizo sus estudios primarios y sacerdotales, ordenándose de sacerdote é ingresando en la religión seráfica en 1792; destinado al cabo de algún tiempo á servir en calidad de Vicario en la Parroquia de Acámbaro, pasó á esa población, donde se encontraba al darse el grito de Dolores; pocos días después de este suceso llegó al pueblo Carrasco, comisionado de Hidalgo para propagar la revolución y el Cura del lugar, Verástegui, se manifestó partidario de ella, y para propagarla envió á Salazar á Jerécuaro para que predicase; sabido esto por Hidalgo á su regreso á Valladolid, le dió orden de que se incorporase al ejército. Esto que declaró el franciscano en su causa, mal encubre su determinación de unirse á los insurgentes en la primera oportunidad.

Asistió al combate de las Cruces y fué tal la impresión que le causó la carnicería habida allí entre los insurgentes, ocasionada por los cañones realistas, que después de

haber cumplido con su ministerio absolviendo y oleando á los moribundos, se dirigió al Santuario de Chalma á dar gracias por que habia conservado la vida; pensaba quedarse en Acámbaro, mas el miedo á Calleja lo llevó á Guanajuato el día que empezó el ataque; refugiado en una humilde casa, supo las atrocidades cometidas por los realistas, y no queriendo ser víctima de ellas, tomó el camino de San Felipe y se incorporó á Allende en la hacienda de Ojuelos. Allí se le destinó á acompañar á Jiménez en su viaje al Norte y con él hizo toda la campaña hasta el Saltillo, hasta que se le destinó como adjunto de Don Ignacio Aldama para pasar á los Estados Unidos.

Llegados á Béjar, el padre Salazar pudo notar el descontento que habia en la población contra el Gobernador Casas y la ninguna confianza que inspiraba la tropa, por lo que trató de salir de allí cuanto antes; pero no pudo realizarlo por haberse declarado inmediatamente la contra-revolución. Despojado de sus papeles y de los valores que llevaba, cuyo monto se negó á declarar el astuto franciscano, alegando que lo ignoraba, fué conducido al Alamo y Monclova con toda precipitación, pues á fuerza de maña habia sobornado á sus guardianes y poco faltó para que se escapara en unión de Aldama. En la última de las citadas poblaciones se le formó causa.

De los documentos referentes á él, que se han publicado, se desprende que tuvo el grado de Comandante de voluntarios expedido por Iriarte, y que demostró bastante actividad en vestir á la tropa y en moverla hacia los puntos donde se necesitaba; tuvo á su disposición cuantiosos fondos de los destinados al ejército y los empleó con integridad en su objeto. En Monclova supo defenderse con bastante habilidad; no comprometió á nadie en sus declaraciones ni dió pormenores de ninguna especie referentes á la organización ó planes de los insurgentes, llegando en una ocasión á confundir á sus jueces, que le hacían el cargo de ser traidor á la patria y al Rey. Rechazó severamente ese cargo diciendo que no eran traidores los insurgentes que con las armas

en la mano sostenían los derechos de Fernando VII y trabajaban por que el Reino no fuese entregado á los franceses; que en cuanto á pretender que aquí las ciudades se reuniesen en Cortes para gobernar, era una medida oportuna é imitación de lo que hacían en España las provincias, no comprendiendo cómo se castigaba aquí lo que allá se alababa; que traidores eran los que, como Ortega, Intendente de Valladolid, se dirigió en 1808 al gran Duque de Berg (Joaquín Murat), felicitándolo por haberse encargado del Gobierno de la metrópoli; "cuando todo el Reino, agregó, aguardaba el más severo escarmiento contra este infiel magistrado (el citado Intendente), se calificó de pura ignorancia de un viejo despreciable." Después de hacer reminiscencias de otros sucesos, termina esta parte de su declaración con las siguientes viriles frases, que dan idea del temple de alma del franciscano:

"Que estos hechos constantes y verídicos, con otros muchos más que se le presentaron á la vista, le hicieron creer no sólo que era justa, sino necesarísima, la revolución que estaba viendo, por cuyos motivos sin escrupulo de conciencia obedeció la orden de su Prelado, y pues que como los que gobernaban aseguraban que los aguardaba México para reformar el Gobierno, deseando ver su patria en una perfecta seguridad, le avivó el deseo de seguir hasta el lugar donde dejó en su declaración á que se refiere." El Juez de la causa no supo qué contestar y se conformó con suspender por ese día la declaración del preso. A propósito del título de Ministro de Gracia y Justicia que según parece tenia, dijo á sus jueces que habiendo observado Jiménez la benignidad con que se manejaba con los europeos, le dijo en tono festivo: "Usted es "Ministro de Gracia."

No era dudoso el fallo del Consejo de Guerra: los vocales, entre los que se contaban el traidor Elizondo y Cordero, al que habia protegido, por unanimidad votaron la pena de muerte y así lo acordó el Consejo el 30 de Mayo de 1811; el 12 de Junio fué remitida su causa á Don Nemesio Sal-

cedo, Comandante general, y aunque por el carácter sacerdotal del procesado debe haber pasado algún tiempo, empleado en pedir y recibir instrucciones dicho Comandante, lo único cierto es que Fray Juan de Salazar fué fusilado en Monclova como lo fueron en Durango otros religiosos y sacerdotes. En el momento de su ejecución exhortó á los presentes para que defendiesen la Independencia, que era una causa muy justa.



DON JOSE MARIA ANZORENA.

Fué este señor uno de los funcionarios civiles que fungieron durante el primer período de la insurrección y que por haberse adherido á ella perdieron patria, intereses, familia y hasta la vida.

Pertenecía á una distinguida familia de Valladolid, donde residía en 1810, y hasta ahora no se sabe que estuviere comprometido con los conspiradores de Querétaro; sin embargo, la prontitud con que admitió de ellos un cargo, indica que simpatizaba con la idea de Independencia. La Intendencia de Michoacán estaba acéfala desde 1809, por haber cesado de desempeñarla Ortega, que fué depuesto por los enemigos de Iturrigaray, y con el carácter de interino se contraba Don Alonso Gutiérrez de Terán, asesor de la Intendencia, que huyó al aproximarse los insurgentes. Hidalgo, al ocupar la ciudad, ofreció el puesto á Don José María Anzorena, que ninguna dificultad tuvo en aceptarlo.

No eran pocos ni el trabajo ni la responsabilidad que traía anexos en aquellos tiempos calamitosos, pero Anzorena creyó, como muchos, que la revolución triunfaría en pocos meses, y tal vez esto fué lo que lo animó á no renunciarlo. Sin embargo, como á los dos días de su nombramiento salió de allí el ejército insurgente, y la provincia, que íntegra se había rebelado, estaba tranquila, no experimentó ningunas dificultades al principio y únicamente se ocu-

pó de publicar los decretos de Hidalgo sobre supresión de tributo, esclavitud, etc., de reunir recursos y gente, para lo cual se valió de Foncerrada. Pero cuando desde Aculco volvió á Valladolid Hidalgo con muy poca gente, empezaron para él las tribulaciones. Tuvo que atender á la formación de un nuevo ejército, á la propagación de las ideas revolucionarias, á obtener recursos extraordinarios y principalmente á cumplir las órdenes de ejecución de españoles que se le comunicaron.

Estas últimas le atrajeron la mala voluntad general, y aunco á mediados del siglo pasado los hijos de Anzorena pretendieron negar los cargos que por esas ejecuciones se hacían á su padre, quedó en claro que tales cargos estuvieron fundados y que no suspendió aquéllas sino hasta que su pariente el padre Caballero le reprochó enérgicamente su conducta y obtuvo de él la orden de suspensión y que los españoles presos fuesen sacados de la cárcel y llevados á varios conventos. A la salida de Hidalgo para Guadalajara quedó en su puesto de Intendente Anzorena, pero al saber que el jefe español, Cruz, se aproximaba, salió de Valladolid el 26 de Noviembre, con todos los empleados insurgentes, y se dirigió á Guadalajara, donde estaban los caudillos de la revolución.

No volvió á mezclarse en ningún otro asunto referente á ésta, y aun parece que no tomó parte en el arreglo del Gobierno insurgente, hecho en aquella ciudad, limitándose á acompañar al ejército; allí fué donde impidió á Torres que se llevase para Piedra Gorda noventa bultos pertenecientes á las tropas. Estuvo en Calderón y siguió á los jefes á Zacatecas y el Saltillo, donde se quedó, pues prefirió permanecer en el país á exponerse á las penalidades de un largo viaje á través del desierto, resentida como estaba su salud con los contratiempos y penas que había sufrido. Siguió al ejército de Rayón en la penosa retirada que emprendió del Saltillo á Zacatecas por un país despoblado, sin agua, caldeado por un sol abrazador y en el que el camino seguido por las tropas insurgentes se conocía por el re-

guero de cadáveres de hombres y de bestias que iba dejando. Anzorena, como muchos de los expedicionarios, se vió obligado á revolcarse en un hoyo de tierra para refrescarse y engañar la sed, y á beber, durante varios días, el jugo exprimido de las pencas de maguey; tantas penalidades y privaciones acabaron con su salud y le ocasionaron la muerte cuando se encontraba el ejército en la Villa Grande de Guadalupe, á poca distancia de Zacatecas, el 13 de Abril de 1811. Su cuerpo fué sepultado en el cementerio del colegio de misioneros.

Don Carlos María de Bustamante refiere los últimos momentos de Anzorena en los siguientes términos: "Poco antes de expirar se acercó el General Rayón á preguntarle por el estado de sus dolencias, y él preguntó "por el de la Patria;" dijosele que se había ganado el campo del Grillo y ya se iba á entrar á Zacatecas; entonces reanímándose como una vela que al tiempo de desaparecer su moribunda flama se recoje, se eleva y se presenta un mayor esplendor y claridad, Anzorena mostró la más dulce y consolante satisfacción: llamó á un hijo que le acompañaba, y le exhortó con la energía de un hombre pronto á pasar en un momento al inmenso espacio de la eternidad, á que amase á su patria y á que jamás abandonase la causa de su libertad..."



DON LUIS MALO.

Fué éste de los primitivos conspiradores de San Miguel, y estaba, por lo mismo, al tanto de los preparativos para la revolución.

Nativo de la comarca de San Miguel el Grande, vivía en la hacienda de la Erre, inmediata, largas temporadas, y otras en la población; asistía á las Juntas que se celebraban en la casa de Don Domingo Allende, y había contribuido con algunos fondos para los pequeños gastos que se habían hecho. Ignorante de las denuncias que hubo, le sorprendió ver llegar el 16 de Septiembre á los principales jefes, acompañados de algunos centenares de hombres, y saber que ya había dado principio la revolución de Independencia. Ordenó que se les sirviese la comida allí, y como una vez terminada ésta manifestase Hidalgo su resolución de seguir adelante, Malo no tuvo inconveniente en seguir las banderas insurgentes como se había comprometido y emprendió con los demás, el camino de San Miguel. Antes de esto, consiguió que el español, dependiente de su hacienda, apellidado Peniche, no fuese llevado preso: Allende consintió en dejarlo libre, con la condición de que fuese á San Miguel á conseguir que el Comandante Camúñez no adoptase una actitud hostil contra los insurgentes.

Malo siguió al ejército á Valladolid y á las Cruces, y en la acción de este nombre estuvo á las inmediatas órdenes de Jimé-

ñez, con el grado de Teniente Coronel, que le había sido conferido en Celaya; mandó, con Aldama, la columna que flanqueó las posiciones de Trujillo mientras Allende atacaba de frente. Estuvo en Aculco y acompañó á los Generales á Guanajuato á la defensa de cuya plaza contribuyó, y se retiró con ellos á San Felipe y á Ojuelos; allí fue designado para que en unión de Carrasco y de Mireles, que desde Dolores estaban en el ejército, sirviesen á las órdenes del Mariscal Jiménez en la campaña del Norte, que iba á emprender.

Sirvió bien durante toda ella, que se señaló de las demás por la ausencia de exacciones, matanzas, etc., que había habido en las otras; entró al Saltillo y regresó á esperar á los caudillos en Matehuala, no volviéndose á separar de ellos hasta llegar á Acatita de Baján. Cayó prisionero, pero su menor graduación hizo que no fuese enviado á Chihuahua, sino que quedase en Monclova cuando se procedió á separar á los prisioneros y se recurrió al artificio de decirles que los que eran militares lo manifestasen para que fuesen empleados en la instrucción de la tropa.

Fue fusilado en Monclova en compañía de Mascareñas, en los últimos días de Marzo de 1811, casi sin formación de causa. A este insurgente no lo mencionan ni Alamán ni Bustamante ni otros historiadores que han copiado á aquéllos, y únicamente lo cita Licéaga, y su nombre se ve en la lista de los que fueron hechos prisioneros en Baján y en algún otro documento.



Ignacio Rayón.



DON IGNACIO LOPEZ RAYON.

Sucesor de los primeros caudillos por nombramiento de éstos, hubiera sido después de ellos la figura más notable de la revolución, si en su época no hubiera surgido Morelos, que relegó á segundo término á todos los demás campeones de la Independencia.

Descendiente de una familia de conquistadores radicada desde dos siglos atrás en Michoacán, nació Don Ignacio en Tlalpujahua, del matrimonio de Don Andrés López Rayón y Doña Rafaela López Aguado, parientes entre sí; la situación desahogada de estos señores les permitió dedicar al estudio á Don Ramón, que fué de sus hijos el que más disposiciones mostró para él; terminadas, pues, las primeras letras é instrucción primaria, fué enviado á Valladolid en 1786, donde cursó las asignaturas de bachiller, y en seguida á México á cursar leyes en el Colegio de San Ildefonso, donde terminó sus estudios y obtuvo el título de abogado en 1796. Las notas que durante ellos obtuvo fueron bastante satisfactorias y demuestran la aplicación y conocimientos del joven Rayón.

Permaneció poco tiempo en México, ejerciendo su profesión, pero el cuidado de sus intereses lo obligó á regresar á su pueblo natal, donde se dedicó á la agricultura y á la minería; decidido á radicarse allí, para verse libre de cargos concejiles, solicitó y obtuvo la agencia de correos del pueblo.

Era afecto á la Independencia como todo profesional criollo, y por lo mismo vió con agrado la revolución de Dolores, que la proclamaba, é inmediatamente la secundó, no obstante que hacía pocos meses había contraído matrimonio con Doña María Ana Martínez de Rulfo. Para evitar las depreciaciones que en el Distrito de su residencia cometía un tal Antonio Fernández, insurgente, Rayón se presentó á Hidalgo, y éste, que si no lo conocía personalmente tenía motivos fundados para saber quién era, procuró atraérselo, tanto más cuanto que era el primero que le hablaba de la reunión de una Junta del Gobierno, del envío de Plenipotenciarios al extranjero y de otros asuntos en los que el caudillo ó no había pensado ó no podía dar forma, por falta de un auxiliar.

Fácilmente se entendieron, y mientras Hidalgo vacilaba en entrar ó no á México, Rayón regresó á Maravatío á arreglar sus negocios y á catequizar á sus hermanos en favor de la revolución; decididos á entrar en ella, se unió al Generalísimo en Valladolid, y con él se dirigió á Guadalajara, donde tuvo el carácter de director intelectual de la guerra. Por su iniciativa se organizó el Gobierno, se expidieron los nombramientos de ministros y oidores, se repitieron los decretos suprimiendo la esclavitud, el tributo y otros ya expedidos en Valladolid, y por último, se dieron poderes á Ortiz de Letona para que se dirigiese á los Estados Unidos, pues como veremos, la obsesión de Rayón fué buscar ayuda del extranjero, y esa obsesión lo llevó á aconsejar á los caudillos que en persona pasasen á los Estados Unidos á buscar el apoyo del Gobierno de Filadelfia.

Recibió el nombramiento de "Secretario de Estado y del Despacho," que equivalía al de Ministro universal, y con ese carácter organizó la Audiencia, fundó "El Despertador Americano," y trató de que funcionase el Gobierno civil de la revolución, lo que era difícil en aquellos días; en la derrota de Calderón salvó trescientos mil pesos de la Tesorería del ejército, que unió

al medio millón que recogió de Iriarte; reorganizó, de acuerdo con Allende, el ejército, y fué de opinión que se siguiese el camino del Saltillo. En la Junta verificada en esta villa el 16 de Marzo de 1811, fué designado para mandar el ejército, con instrucciones de continuar la guerra, y aunque fueron designados como adjuntos suyos el letrado Arrieta y Don José María Licéaga, nunca llegaron á igualar en nombradía á Rayón, y el primero tardó poco en desertar.

Si bien no supo inmediatamente la prisión de los Generales, si llegó á su conocimiento algunos días después, y parece inexplicable que nada hiciese por salvarlos cuando podía haberlo hecho con las tropas que tenía y que eran muy superiores en número á las de Elizondo y Salcedo, y aun á las del mismo Ochoa, que no se atrevió entonces á atacarlo. Únicamente lo disculpa de no haber intentado salvar á los Generales, la circunstancia de que ignoraba el número de sus enemigos y no podía fiar en los presidiales que tenía á sus órdenes; sin embargo, en su deber estaba haber intentado algo por rescatarlos de manos de los realistas, aun cuando su ejército hubiera acabado y él se hubiese visto en riesgo de perecer ó de caer prisionero.

Fusiló á Iriarte, que según se dice, podía hacerle sombra, pero que en realidad era un elemento perturbador, desarmó á las Compañías presidiales, y el 26 de Marzo salió del Saltillo rumbo á Zacatecas, empezando una retirada notable en los anales militares de México; lo acompañaban, Torres, el conquistador de Guadalajara, el Mariscal Don Juan Pablo Anaya, que empezaba á distinguirse, el Mariscal Don Víctor Rosales, Ponce, Villalongín, y sus dos hermanos, Don José María y Don Francisco Rayón. El 10 de Abril fué atacado por Ochoa en el Puerto de Piñones, pero consiguió rechazarlo, gracias á las acertadas medidas tomadas y á la disciplina de que los jefes dieron muestra; sin embargo, experimentó la sensible pérdida de su provi-

sión de agua, la que le debía originar tremendas tribulaciones.

Siguió su camino sufriendo no pocas privaciones y dejando muchos enfermos y sedientos; dominó la rebelión que estuvo á punto de estallar y consiguió apoderarse de la hacienda de San Eustaquio, donde pudo dar de beber á su ejército, ocupó Fresnillo y entró á Zacatecas después de una reñida acción, á los veintidós días de haber salido del Saltillo. Las miradas de los realistas se volvieron á Rayón, desconocido hasta entonces, que demostró ser digno de la confianza en él depositada y un nuevo enemigo temible que se presentaba cuando se creía que ya no existían más que guerrilleros insignificantes al frente de pequeñas partidas. En Zacatecas creyó posible sostenerse algún tiempo, y al efecto dictó algunas providencias, aumentó sus tropas y se hizo de recursos sin extorsiones, pero sabiendo que el ejército realista se disponía á atacarlo, determinó pasar á Michoacán, cuyo territorio conocía perfectamente.

En el rancho del Maguey fué alcanzado por Empáran, que no consiguió derrotarlo completamente, y llegó á la Piedad, donde se encontró sin ejército, pues sus subalternos lo habían fraccionado; emprendió levantar otro y trató de apoderarse de Valladolid, lo que no pudo conseguir. Hubiera tenido que conformarse con ser uno de tantos cabecillas insurgentes, si Don Benedicto López con sus triunfos sobre Torre no le hubiera llamado la atención y héchole resolver su establecimiento en Zitácuaro. Procuró poner la plaza en buen estado de defensa, acopió víveres, tomó el desquite de lo del Maguey derrotando á Empáran, y cuando ya se creyó seguro determinó dar un Gobierno á los insurgentes, organizando la famosa Junta de Zitácuaro, que tanto temor causó á los españoles, y que Rayón, dados sus antecedentes, creyó indispensable para el triunfo de la revolución. Poco hizo, materialmente hablando, la Junta, de provecho, pues no todos los insurgentes la reconocieron, pero moralmente hizo mucho,

porque demostró que aquéllos eran capaces de formar un Gobierno y de tener las ideas de orden que los realistas les negaban.

Calleja con cinco mil hombres atacó Zitácuaro el 2 de Enero de 1812, y sin muchas dificultades se apoderó de la población, que hubo de ser abandonada por Rayón y por la Junta: ésta empezó á peregrinar por Tuzantla, Tlalchapa y Sultepec, en tanto que aquél expedicionaba por Toluca, y si bien no ayudaba directamente á Morelos, sitiado en Cuautla, distraía muchas fuerzas que hubieran ido á engrosar el número de los sitiados. Derrotado en Tenango, fué perdiendo la reputación que tenía adquirida y de jefe del Gobierno nacional fué descendiendo á la categoría de un General insurgente con más pretensiones que los demás, para fomentar las cuales no dudó en ocasiones, en hacer fusilar á los que creía rivales. La vida militar de Rayón llega á carecer de todo interés desde mediados de 1812 hasta que cayó prisionero de los españoles, y por lo mismo, para no alargar innecesariamente esta biografía con el relato de todos sus actos, que el lector curioso podrá ver en otra parte, pues uno de sus hijos se encargó de escribirla, nos limitaremos á dar una idea general de su conducta.

Rayón recorrió una buena parte del país, principalmente en su parte meridional y occidental, para saber con qué insurgentes podía contar y quiénes eran los que le obedecían; esa visita no lo dejó muy satisfecho, y aun estuvo á punto de perder en ella la libertad á manos de los Villagrán; pretendió siempre que se le considerase como el primer jefe de la revolución, tomó el título de Excelencia y procuró aun en las mayores estrecheces rodearse del boato que su carácter exigía; jamás vió con buenos ojos la reunión del Congreso de Chilpancingo, promovida por Morelos, y le opuso todas las dificultades que su imaginación de letrado le sugirió, aunque procurando no chocar directamente con aquel caudillo; llamado para que tomase parte en él, se resis-

tió á ir y "olvidándose generosamente de sí mismo y de sus derechos," (palabras de su Secretario, que era muy exagerado para redactar su diario), dió sus poderes al Lic. Don Carlos María de Bustamante para que lo representase, y sólo á fuerza de muchas órdenes asistió á las sesiones de "la Junta," como él la llamaba, un par de meses. Allí combatió la tendencia á prescindir del nombre de Fernando VII.

Cuando Morelos fué derrotado en Valladolid y Puruarán, creyó fácil tarea recobrar la autoridad, "de la que sólo las intrigas y supercherías de una negra ambición pudieron despojarlo," dice el mencionado Secretario, y fué á encargarse de la administración de la provincia de Oaxaca, pero no pudo conservarla para los insurgentes y tuvo que desampararla en Abril de 1814; cometió bastantes desaciertos en su retirada indispóniéndose á la vez con bastantes jefes insurgentes que no reconocían su autoridad; tomó el camino de Tehuacán, las Villas y Zacatlán, donde sufrió una derrota completa, y estuvo á punto de caer prisionero de Aguila. Este desastre lo decidió á volver á Michoacán, como lo hizo, atravesando en tres días y medio las ciento sesenta leguas que hay desde San Juan de los Llanos hasta Cópore; siguió para ello sendas extraviadas y adoptó numerosas precauciones.

Su decidido empeño de enviar embajadores á los Estados Unidos no llegó á darle resultado: directamente ó por su consejo, fueron enviados Letona, Bustamante y Peredo, que no llegaron á salir del país, y el Doctor Herrera y el Mariscal Anaya, que nada hicieron de provecho. Souluque, el Emperador de Haití, le contestó que no podía auxiliarlo.

La gloria de la defensa del cerro de Cópore no pertenece á Don Ignacio Rayón, sino á su hermano Don Ramón; sin embargo, se aprovechó del prestigio que el fracaso de los realistas frente á la fortaleza dió á los insurgentes, para insistir en sus antiguas pretensiones de ser reconocido por todos y desconoció á la Junta de Jaujilla,

en cuyo punto se vió una vez más en peligro de caer prisionero; pasó algunos meses en difícil situación huyendo siempre, y al fin cayó en manos de un insurgente, Don Nicolás Bravo, que en ejecución de las órdenes de la Junta de Jaujilla, desarmó la gente de Rayón y lo tuvo preso en Patambo, donde una partida de realistas se apoderó de él el 10 de Diciembre de 1817. Llevado á Teloloápam y á Cuernavaca, estuvo á punto de ser fusilado por orden de Armijo, pero las órdenes del Virrey para que se le formase sumaria, unidas á las repetidas instancias de Don Ramón Rayón para que se comprendiese á su hermano en la capitulación de Cópore (capitulación que ruidosamente desaprobó Don Ignacio), y de algunas influencias, consiguieron que se formase una voluminosa causa, pasase el tiempo y que el Virrey Apodaca, tan inclinado á la clemencia, consiguiese aplicarle uno de tantos indultos como por aquellos tiempos hubo: el 15 de Noviembre de 1820 salió de su prisión Rayón y fué á vivir á Tacuba, á donde se le había confinado.

En Julio de 1821, muerto su fiador, y derrocado Apodaca, el antiguo insurgente fué á Talpujahuá dispuesto á secundar el movimiento de Iturbide, que no lo llamó, pero que ni tiempo tuvo de hacerlo, por la rapidez con que entonces se logró la Independencia. El libertador nombró á Rayón Tesorero en San Luis Potosí, y después Intendente de la provincia en 1823 (Noviembre); formó parte del primer Congreso constituyente republicano representando á Michoacán y consiguió que se le declarase General de División; desempeñó el puesto de Comandante de Jalisco en 1825; tuvo participación en el levantamiento contra Guerrero en 1829, y ocupaba el puesto de Magistrado del Supremo Tribunal de Guerra cuando falleció en esta capital, el 2 de Febrero de 1832. En 1842 fué declarado benemérito de la patria.

Tal fué la vida del ilustre michoacano Don Ignacio López Rayón, que si tuvo muchos defectos y fué causa de bastantes tropiezos como tuvo la revolución, también le

corresponde la gloria de haber continuado la guerra, después de la prisión de los primeros caudillos, y de haber organizado el primer Gobierno nacional. Los historiadores y la generalidad han olvidado sus faltas para no tener en cuenta más que ese mérito.

El 2 de Abril de 1899 fué descubierta la estatua que el Estado de Michoacán le hizo erigir en el Paseo de la Reforma de esta capital; pero ni Zitácuaro ni Talpujahuá han pagado la deuda que tienen con el nativo de la una ni con el defensor de la otra.



DON MANUEL VILLALONGIN.

Este insurgente, no obstante que fué de los primeros en tomar las armas en favor de la Independencia y de haber combatido durante varios años, es casi desconocido, y á no ser por algunas referencias que de él hacen los historiadores, y por los trabajos de un coterráneo suyo, quedaría relegado á la categoría de los caudillos anónimos.

Nació en Valladolid el 14 de Julio de 1877, y sus padres, Don José Lino Villalongín y Doña Marfa de la Luz Navarro y Camino, eran personas de buena posición social y perfectamente relacionadas en su ciudad natal. Fué su padrino el Dr. Don José Manuel de Herrera, que después había de figurar en la revolución. El niño Manuel hizo sus primeros estudios en un colegio particular y en seguida se dedicó á las labores del campo en una finca rústica propiedad de su familia; la tradición refiere que era un buen "charro," muy perito en los deportes que tienen relación con el arte de montar á caballo. En 1892 contrajo matrimonio con la señorita Josefa Huerta, perteneciente á una de las principales familias de la ciudad, y tuvo varios hijos, cuyos descendientes viven en Morelia.

"Villalongín era de un carácter entusiasta, fogoso y activo," dice el único biógrafo que ha tenido, y estos sentimientos lo impulsaron á lanzarse á la revolución cuando el Cura Hidalgo llegó á Valladolid después